

EDUARDO RÖHL

Tema: "Las ciencias geográficas en Venezuela."

17 de mayo de 1947

Señor Director de la Academia:

Señores académicos:

Al ocupar esta tribuna que han hecho ya ilustre mis antecesores en esta docta casa, he de expresar ante todo, mi profundo reconocimiento a los honorables académicos que me distinguieron con sus votos, para venir a ocupar entre vosotros, el sillón que prestigió en su vida ejemplar, ese noble varón de limpísimas ejecutorias que fue don Manuel Segundo Sánchez, a quien me unió siempre íntima y cordial amistad.

Por el voto mayoritario de vosotros, señores académicos, entro hoy a este Areópago de hombres ilustres, desnudo de toda vanidad, con la noble aspiración de ser un trabajador más en el seno de esta Corporación, sembradora de cultura en los anales de nuestra vida republicana.

Modesto como soy en ciencias y letras, no aportaré seguramente mucho caudal de sabiduría a vuestras deliberaciones; pero sí podéis estar seguros de que no economizaré mi esfuerzo para sumarlo al de vosotros, y corresponder así, a la honra que me habéis dispensado al llamarme generosamente a ocupar un puesto entre los más caracterizados representantes de las Ciencias Históricas en Venezuela.

Don Manuel Segundo Sánchez, a quien me toca suceder en esta Academia, fue un trabajador insigne, en el vasto campo de las investigaciones históricas, fue la bibliografía, la pasión de su vida; y esa pasión quedó plasmada en su monumental *Bibliografía Venezolana*, contribución clásica al conocimiento de los libros extranjeros relativos a Venezuela y sus grandes hombres, que definitivamente recogió en volumen el año 1914. Esta obra de serena y fina investigación que colocó a don Manuel Segundo Sánchez entre los más connotados bibliógrafos del Continente, bastaría para hacer inmortal su nombre entre nuestra República de las Letras. Además, fue autor de numerosas monografías y ensayos de crítica histórica, que hacen perdurable su nombre en los cuadros de nuestra cultura.¹

¹ *Bibliografía de SÁNCHEZ: La imprenta de la expedición libertadora*, 1916. — *La imprenta de la expedición pacificadora*, 1916. — *Anuario bibliográfico de Venezuela*, 1916. (Año primero de su publicación.) — *Orígenes de la imprenta en Venezuela; la de la empresa mirandina*, 1917. — *Orígenes de la República*, 1917. — *El pendón azul del precursor*, 1917. — *Sobre el periodismo en Cumaná; algunos de sus órganos iniciales*, 1917. — *Mito genealógico*, 1918. — *Páginas de la guerra emancipadora; tratados de Trujillo, 1820; los comisionados del general La Torre en Madrid, 1821*, 1918. — *Los restos de Sucre*, 1918. — *Bibliografía venezolana; nómina de los principales libros y folletos venezolanos publicados en los primeros meses de 1918, 1919*. — *Landaeta Rosales*. Nota necrológica, 1920. — *Miranda como filósofo y erudito*, 1920. — *El publicista de Venezuela*, 1920. — *El semanario de Caracas*, 1920. — *Las memorias de Boussingault*, 1922. — *El Estandarte de Pizarro*, 1924. — *Algo inédito de Arístides Rojas*, 1924. — *Bibliografía de las ediciones nacionales y de las extranjeras relativas a Venezuela incompletas o truncas*, 1925. — *El libro manuscrito del Obispo Martí*, 1928. — *Emblemas del tiempo heroico. I. La loza de Bolívar*, 1938. — *Aforismos, anécdotas y otros escritos concernientes al libro, coleccionados por Manuel Segundo*

Suyo fue el proyecto con motivo de cumplirse el cincuentenario de esta Academia, de reproducir facsimilarmente, la "Gaceta de Caracas" y "El Correo del Orinoco", obras verdaderamente monumentales que esta Institución realizó con encomiable fidelidad y lujo de presentación.

Iconografía del Libertador fue otra de sus predilecciones, y en esa obra puso el mismo encendido entusiasmo de docto coleccionista, que más tarde, con verdadera pasión de artista tradujo en su ensayo *La Loza de Bolívar* y en su maravillosa colección de porcelanas, que fue blasón de su noble hogar caraqueño.

Como don Arístides Rojas, fue refinado anticuario y como don Arístides entre su *Colección de Cacharros*, gustaba Sánchez de reunir historiadas miniaturas del tiempo heroico, vajillas y cristalería antiguas. Varios ensayos suyos dedicados a estas investigaciones se encuentran dispersos en periódicos, revistas y folletos.

Las figuras egregias del Libertador, Miranda, Sucre y los próceres civiles Roscio, Martín Tovar y Juan Vicente González, fueron noblemente evocados en su pluma de la que emanaba un castellano purísimo, aquilatado en la lectura de los clásicos del Siglo de Oro.

No es para los estrechos moldes de un discurso académico, el estudio completo de la obra profusa y varia de este gran escritor venezolano, verdadero prócer de nuestras letras, de ahí que dentro de las pautas a que tenga que ceñirme apenas me haya limitado a esbozar a grandes rasgos su actividad intelectual, puesta siempre noblemente al servicio de la cultura de su Patria. En los anales de nuestra vida intelectual, el nombre de Manuel Segundo Sánchez, no se perderá por cierto entre la fosa común de los anónimos.

La ciencia de don Manuel Segundo Sánchez fue, como anotamos, la *Bibliografía*, que según la clásica definición del profesor Langlois: "es la ciencia de los libros". Nadie amó los libros en nuestro país con mayor devoción que Sánchez, y nadie se complacía en acariciar los miniados lomos y tejuelos de las ediciones raras como este plácido y risueño esteta de las bibliotecas.

Como uno de esos Cardenales artistas del Renacimiento frente a una madona de Rafael o de Leonardo, don Manuel Segundo, ante una antigua y primorosa edición sentía la emoción mística del artista ante la obra maestra.

Sobre los libros hizo suya la síntesis de Torres Villarroel, que a manera de epígrafe abre Proemio de su *Bibliografía Venezolanista*: "Los libros gordos, los magros, los chicos y los grandes, son unas alhajas que entretienen y sirven en el comercio de los hombres. El que los cree, vive dichoso y entretenido, el que los trata mucho, está muy cerca de ser loco; el que no los usa, es del todo necio... Todos están hechos por el hombre y precisamente han de ser defectuosos y oscuros como el hombre...".

Sánchez, 1939. — *La prensa periódica de la revolución emancipadora*, 1939. — *Las acuarelas de Faldi*, 1940. — *Bibliografía de índices bibliográficos relativos a Venezuela*, 1939. — *Cerámica venezolanista*, 1943. — *Documentos del general Daniel O'Leary sobre su misión a Antioquía*, 1944. — *Bibliografía de obras didácticas publicadas en Venezuela y por autores venezolanos en el exterior*. Inédito. — *Bibliografía venezolana del centenario de la batalla de Ayacucho, 1824-1924*. — *Sucinta descripción de treinta y seis medallas venezolanas y extranjeras acuñadas en conmemoración de acontecimientos notables de la Historia de Venezuela y de la vida del Libertador*. Perteneciente a Manuel Segundo Sánchez. Trabajo inédito.

Hombre docto y por serlo, siempre manaba de sus labios sincera dicción de bondad y hasta cuando enseñaba, una expresión de dulzura iluminaba aquel rostro sereno de paciente sabio benedictino.

Como Director de la Biblioteca Nacional, dejó allí normas científicas de organización y de metodología en la ordenación de la oficina bibliográfica anexa al Instituto, huellas tras las que ha marchado su actual Director don Enrique Planchart, quien justicia es reconocerlo, ha sido allí admirable continuador de la obra de Sánchez. La eficiente labor de Planchart ha cristalizado en la Bibliografía de Libros Bolivarianos catalogados en el mismo Instituto y en el "Anuario Bibliográfico Venezolano", que a partir de 1942 viene publicando la Biblioteca Nacional. En este aspecto ha sido Planchart un esforzado sucesor de la obra de Sánchez y yo me complazco mucho en proclamarlo desde esta tribuna de la Academia Nacional de la Historia.

Como trabajo de incorporación a esta Academia, me es muy honroso presentar una obra a la que he dedicado años de investigación y de apasionado entusiasmo: *Historia de las Ciencias Geográficas de Venezuela*, cuyos folios encuadernados que he tenido el gusto de depositar en esa mesa, como puede verse, dan material para varios volúmenes.

No me hubiera sido lícito cansaros con su lectura, ni aun con alguna de sus partes reproducida en su integridad. Pero me cabe como tema de mi discurso de ingreso en esta docta casa, formular una síntesis del contenido de ese trabajo. Le he dividido en tres grandes grupos: los descubridores y conquistadores, la obra de las misiones, y las expediciones científicas.

Todos esos elementos son de interés, y con distinto origen y diversa finalidad inmediata, coinciden en contribuir con magníficos aportes al conocimiento del territorio venezolano desde sus límites marítimos a sus confines terrestres, a dar normas para la fijación de estos últimos, a la noción corográfica, orográfica e hidrográfica del país y en fin, a lo que me es posible, en justicia, denominar, la *Historia de las Ciencias Geográficas de Venezuela*.

Podría dar al primer grupo o sea el de los Descubridores y Conquistadores, el dictado de heroico, pero heroísmo también hay en el avance y cruzada de los Misioneros, y grandes privaciones y vicisitudes encuentran también las expediciones científicas en su fervor por la empresa que cumplen.

Comienzo con el tercer viaje de Colón, que es el que se relaciona con la tierra venezolana. Asombra el sentido sobrenatural del gran Almirante en su pericia de nauta y astrónomo, acertado en sus derroteros sin precedente, obligado a usar instrumentos para tomar la altura del polo únicamente, en la insegura base de sus vacilantes naves, protegido por poderes extraordinarios en los momentos de mayor peligro, no sólo frente a los elementos, sino frente a sus hombres. No importa, antes bien aumenta el interés para su dramática aventura, la curiosa equivocación que sufre creyendo que da con el remoto continente que busca, cuando tropieza con una isla y dando en cambio nombre insular a la Tierra Firme que divisa por primera vez.

Así llamó Isla Santa a la primera costa venezolana que vio. Descubrió la isla de Trinidad, y con acierto deduce correctamente que algún día debió estar unida al continente. Un maremoto como consecuencia de un cataclismo tectónico fue luego el asolador de la isla de Cubagua, que Juan de Castellanos, canta en sus versos como poblada y floreciente, rica con su producción de perlas.

Es curioso el caso de que Colón llegó casi a las bocas del Orinoco y pudo haber sido el primer explorador del grandioso río y haberse dado cuenta evidente de hallarse frente al

continente codiciado, pero derivó hacia el golfo de Paria. Los nombres que se le ocurren son bellos, no ya el de golfo de la Ballena, pero, sí, los del golfo Triste y golfo de las Perlas. Cree que ha llegado al Paraíso Terrenal y que se ha visto en la cima del pezón de pera, que según él, forma allí la Tierra. Hasta le parece reconocer los cuatro grandes ríos de la más remota historia: el Nilo, el Tigris, el Éufrates y el Ganges. Pero en su "pintura de la tierra", Trinidad y del golfo de Paria, nos deja el primer documento cartográfico de Venezuela.

Mi largo y detenido estudio de mucho tiempo me ha permitido aducir aclaraciones y detalles, a cuanto se había venido tratando sobre el particular.

Paso luego a tratar los viajes de Alonso de Hojeda y Américo Vesputio. Parece condenada a confusión perpetua la figura y la obra de este singular personaje, el cual tuvo en sus ficciones la suerte de que prevaleciese su nombre en la designación del Nuevo Continente. Bastaría para sospechar de su perfidia, el hecho de que diera en su viaje a Costa Firme, la fecha de un año antes que el del Almirante. Tiene mucho de impostor, y en sus fantasías llega a llamar a Curazao, la isla de los Gigantes, viendo en ella sus ojos caprichosos, Anteos y Penteseleas. Pero, sin embargo, dado el relieve que por las causas que fueren, alcanzó este personaje, hay que tener en cuenta sus descripciones aunque sea para rebatirlas y desde luego para depurarlas.

Compañeros de Colón siguieron las empresas descubridoras. Peralonso Niño, piloto práctico, que iba en la "Niña", durante el primer viaje colombino, repitió el itinerario por su cuenta y fines no muy loables. En otro, asocióse con un comerciante de Sevilla, Luis de la Guerra, quien le ayudó económicamente en nueva expedición, siempre que pusiera por capitán de ella a su hermano Cristóbal. Vicente Yáñez Pinzón, capitán de la "Niña", en la primera y gloriosa expedición de las tres carabelas, dióse a nueva salida con cuatro embarcaciones y en fructífero viaje, pues vio, antes que Álvarez Cabral, la costa del Brasil, y descubrió el río Esequibo y el Orinoco. Desembarcó en la península de Paria, donde cosechó palo brasil, campeche o sándalo rojo. Juan de la Cosa, dejó en su famoso mapa, consignados estos descubrimientos.

Vicente Yáñez Pinzón había utilizado para su viaje una copia del diario y las cartas náuticas de Colón, que le había facilitado el Obispo de Palencia, don Juan Rodríguez de Fonseca, enemigo del futuro Almirante, desde que éste llegó a la corte de los Reyes Católicos. Otra copia dio el tenaz prelado a Diego de Lepe, quien partió al mando de una nave y acompañado de otra, mandada por Vélez de Mendoza.

Notable expedición la de Rodrigo de Bastidas, asistido por el famoso piloto Juan de la Cosa y por Vasco Núñez de Balboa, a quien esperaba la gloria del descubrimiento del Pacífico. Sucedió al de Bastidas, una serie de viajes capitaneados generalmente por quienes habían cruzado ya estos mares, como Cristóbal Guerra, el cual llegó por Paria a Margarita y Bonaire, hasta dar en las regiones de Santa Marta y Cartagena.

Infatigable Alonso de Hojeda, de insigne recordación en los descubrimientos de tierras venezolanas, hizo nueva salida de triste fin, pues sufrió la rebelión de Veragua y Ocampo, y fue conducida por ellos preso a Santo Domingo. Pero de esa expedición queda el recuerdo del que Arcaya califica de primer establecimiento español en el continente, fundado en la península de Paraguana.

Juan de la Cosa, cosmógrafo y cartógrafo de perdurable nombre, hizo dos expediciones como jefe supremo. Fue con Hojeda cuando éste iba como gobernador de Urabá y murió en un combate cerca de Cartagena.

Episodio interesante en nuestra historia y de la de España, que era entonces la de Venezuela, es el contrato de Carlos V, necesitando de más recursos cada vez para sus empresas guerreras, y el cual fue firmado con la casa bancaria de los Welser, de Augsburgo, el año 1527. Por él se hacían especiales capitulaciones de orden administrativo para la provincia de Venezuela, con Enrique Alfínjer y Gerónimo Sailer, como eran llamados en castellano estos representantes de aquel banco en España. Novelesca época es esta dominación de los Belzares, Ambrosio y Jorge Alfínjer, Nicolás Federmann y Juan el Bueno, llenan con el dramatismo de su vida muchas páginas legendarias.

De su paso por los campos de la historia tratamos en nuestro libro, pero dado el objeto de nuestra obra, lo que nos interesa especialmente y en esta síntesis consignamos, es que Alfínjer, Federmann, Hutten y Espira, son los que realizan un movimiento de penetración en el interior del país. IncurSIONES que nos parecen inverosímiles y en las que tiene tanto o más importancia el explorador que el conquistador. Hay épica grandeza hasta en sus errores e ilusiones. Así por ejemplo, la de Federmann, cuando al hallarse ante la inmensidad de los Llanos, inundados como periódicamente acontece, creyó que había llegado a las orillas del mar del Sur.

Más nombres españoles que germanos figuran en esta época azarosa de los Belzares, Juan de Villegas, Diego Ruiz de Vallejo, uno de los primeros pobladores del Tucuyo y Diego de Ordaz, el dominador del Orinoco. Alonso de Herrera, que conoce el Meta. Luis de Narváez y Sancho Briceño. Diego García de Paredes y otros más conquistadores de las regiones occidentales.

Alonso Pérez de Tolosa, navegador del Apure, Juan Rodríguez Suárez, fundador de Mérida de los Caballeros. Don Juan de Villegas y don Diego de Losada, que representan las incursiones centrales. Don Fernández de Serpa y Antonio de Berrío que van tras las rutilantes alucinaciones de la Guayana y del Dorado, continúan la tradición española de riesgo y aventura, que poco a poco va formando el mapa de Venezuela.

El filibustero Sir Gualterio Raleigh, siente atraída su codicia por la reluciente Manoa y deja de su expedición pirata, no sólo sangre y destrucción, sino un pintoresco libro en que relata a su manera, sus hazañas de descubridor. No escarmentado con una larga prisión en la Torre de Londres, privado ya del senil apoyo de la reina Isabel, volvió a las tierras del oro, y de regreso en la capital de Inglaterra, pagó con la cabeza en aquella misma Torre, sus últimas fechorías. Pero entre sus crueldades y sus hipérbolos, dejó, y es lo que importa a nuestro tema, noticias acerca del Caroní y el Orinoco, y un mapa de Guayana, que se conserva en el Museo Británico.

LAS MISIONES

La Madre Patria no enviaba a estas tierras solamente la cruz de la empuñadura de la espada de los conquistadores. Había hombres abnegados, hijos del espíritu, que no arribaban a estas playas con el ansia codiciosa de buscar la laguna encantada y fugitiva de los áureos templos y los hombres cubiertos con polvillo de oro. Eran varones inermes que no pensaban en la conquista de los Omaguas, ni en la dominación del mítico y legendario El Dorado. Su arma única era un crucifijo, y su fuego interior, la fe de Cristo, y su anhelo, la evangelización, la iluminación de los indios con la cristiana luz y la salvación de sus almas.

La labor civilizadora de los misioneros tiene como uno de sus inmortales aspectos, el colonizador. Es mucho lo que debe Venezuela a las misiones, y casi es posible decir que fue creada por ellas. Los misioneros penetraron pacíficamente hasta los más remotos confines del país, se extendieron y fueron estableciéndose en los convenientes lugares. Fundaron infinito número de pueblos y aun futuras ciudades que hoy día vemos figurando como capitales de Estado. Cuando esos poblados podían constituir curatos independientes, los entregaban a la jurisdicción ordinaria para que se crease la parroquia y formasen ya parte de la general vida civil.

Los primeros misioneros llegaron el año 1510 a La Española y pertenecían a la Orden de Santo Domingo. La expedición estaba dirigida por fray Pedro de Córdoba y en ella figuraba fray Bartolomé de Las Casas. En el año 1516 arribaron dominicos a Cumaná y en esa tierra estaban, en 1515, los primeros misioneros franciscanos. Pos dos veces fueron destruidos los conventos de las misiones y sacrificados sus moradores, pero volvió a establecerse la misión de Santa Fe de Chirivichí y la Real Audiencia de Santo Domingo decidió el amparo y defensa de los religiosos, por lo cual envió la expedición que tenía por jefe al capitán Gonzalo de Ocampo. Opúsose a este envío el padre Las Casas, pero posteriormente, vino a fundar un convento en Nueva Córdoba, hoy Cumaná, y éste hubo también de ser destruido por los indios.

La segunda etapa de las misiones es el siglo XVII y tiene igualmente por escenario inicial la tierra de los Cumanagotos. Esta misión franciscana trae por prefecto al padre Lorenzo de Magallón y en ella figura fray Francisco de Pamplona, el extraordinario personaje tan español, que había sido en la vida secular el terrible caballero don Tiburcio de Redín, hijo del señor de la Casa de Redín y Barón de Bigüezal, de noble estirpe en el reino de Navarra y que combatió en la batalla de Lepanto.

Don Tiburcio de Redín, capitán de mar y tierra, almirante del mar de las Antillas, fue un turbulento caballero, terror hasta de la misma corte, famoso por sus violencias y terribles hazañas, pero converso de pronto, caído del caballo al ser herido de una pedrada en una reyerta lacuyana, Dios iluminó su corazón y ese hombre terrible, con asombro y admiración de todos, se convirtió en el más humilde siervo de Dios y fervoroso franciscano.

En sus andanzas por estos mares, cuando vivía la profana existencia, llegó en arribada forzosa a la isla de Granada, donde recibió grata acogida por sus naturales, quienes proveyeron de víveres a sus fuerzas y tuvieron para ellos toda clase de agasajos. Cuando el almirante de antaño estaba cambiado en fray Francisco de Pamplona, quiso corresponder a aquel favor y a la mencionada isla dirigió su primera misión para demostrar a los indios su agradecimiento, enseñándoles la doctrina cristiana.

El padre Pamplona, que después de varios viajes murió en La Guayra, cuando desde Cumaná se dirigía a España, es una de las grandes figuras de la religión capuchina, como el padre José de Carabantes, que fue llamado el apóstol de Galicia y es también de fausta recordación entre nosotros.

Hacer la historia de las misiones en Nueva Andalucía y en los Llanos de Caracas, significa trazar el relato geográfico de la creación de la mayor parte de nuestros pueblos. Es de advertir que al decir los Llanos de Caracas, los capuchinos designaban la vastísima extensión desde nuestra capital hasta el curso del Meta.

Y a más de los Dominicos que iniciaron sus actividades en el siglo XVI en las regiones tachirenses, habiéndolas desarrollado a comienzos del siglo XVIII con la fundación de varias poblaciones de los Llanos de Barinas y hasta algunas, en el actual distrito de Barlovento, hay que citar las de los Recoletos y las de los Jesuitas, tan eficaces

para el conocimiento de la Guayana y del Orinoco. Baste citar los nombres del padre José Gumilla, quien además de tener el mérito de haber fundado las primeras plantas de café a orillas del Orinoco en 1731, fue el autor del *Orinoco Ilustrado*, igualmente y de la misma orden, Filippo Salvatore Gilij, quien escribió la obra descriptiva más famosa de aquellas regiones, *Saggio di Storia Americana*. Nombres que no están solos, pues hay que mencionar, entre otros, el del provincial de los Observantes de Granada, fray Antonio Caulín, y su obra Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía. El padre Caulín vino en misión científica, pues acompañaba a la expedición de Solano.

España nos dio sangre y alma, energía y espíritu. Un idioma glorioso, que hablan millones de habitantes del planeta, que ha dado expresión a tantas obras maestras de la literatura española y que, por lo tanto, es también la manifestación del pensamiento y de la obra de los escritores venezolanos. Es el lenguaje de Andrés Bello y de Fermín Toro, de Juan Vicente González y de Cecilio Acosta. Es la que sirve a nuestra conciencia y a nuestra mente. España nos organizó como país y no nos consideró como colonia sino como provincia de los reinos hispanos.

Las Leyes de Indias y la creación de la Real Audiencia, son instituciones que no debemos olvidar.

LAS EXPEDICIONES CIENTÍFICAS

La Historia de nuestra Geografía descubre en el año de 1756 un capítulo especial en la expedición de límites encomendada a Don José Solano, Marqués del Socorro y Don José de Iturriaga, con el objeto de fijar astronómicamente los puntos limítrofes entre las posesiones de las Coronas de España y Portugal en el Río Negro. Dicha expedición, después de sinnúmero de tropiezos, apenas pudo llegar al Alto Orinoco y legarnos una descripción del gran río. El alférez don Apolinar Díaz de la Fuente penetró en 1760 hasta el Raudal de los Guaharibos, algunas jornadas más allá del pueblo de Esmeralda.

Sin embargo, la verdadera exploración científica que señaló una época evidente fue la iniciada a fines del siglo XVIII por el portentoso cerebro de Alejandro de Humboldt, quien en compañía del botánico francés Amadeo Bonpland, recorrió gran parte del territorio venezolano. Este memorable viaje rindió materiales de inestimable valor para la Geografía patria, pues fuera de las primeras posiciones de ciudades y sitios que se fijaron astronómicamente y que contribuyeron para preparar con bastante exactitud la verdadera configuración de la carta de los territorios estudiados, proveyeron también valiosos datos a la historia, etnología, etnografía, climatología, geología, zoología, botánica y otras ramas científicas de gran valor.

Hemos, pues, dedicado en nuestro trabajo a este famoso viaje, un detenido estudio analítico principalmente en lo que atañe a la Geografía matemática y la Cartografía.

Años después, en 1822, otra gran figura de la intelectualidad, visitó a Venezuela: el sabio francés Jean Baptiste Boussingault, quien reunido con los distinguidos compañeros, de Rivero, Roulin y otros más, y de paso para Bogotá, ejecutó varias nivelaciones barométricas en su itinerario, además de algunas determinaciones astronómicas.

Entre su interesante bibliografía, que abarca temas varios de índole histórica y científica, descuella sus *Memorias*, las que encierran preciados documentos para Venezuela, y que según he sabido, la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional tiene la feliz iniciativa de hacer traducir y publicar.

Para los años de 1788 el Gobierno español se interesó en levantar astronómicamente las costas de Tierra Firme e islas de nuestros mares, y para el efecto envió a los cosmógrafos Fidalgo y Churruca. Los magníficos trabajos de estos marinos se revelan en una serie de cartas geográficas que comprenden la costa que se desarrolla desde las bocas del Orinoco hasta el Cabo La Vela, y los detalles técnicos fueron publicados por Don José Espinoza y por el Depósito Hidrográfico de Madrid.

En la lista cronológica de los exploradores, siguen los hermanos Robert y Richard Schomburgk, quienes recorrieron en misión geográfica, entre los años de 1835 a 1844, gran parte de los territorios de la Guayana, comunes a Venezuela y Gran Bretaña. Aunque desde el punto de vista de la Geografía y ciencias anexas de aquellas regiones, sus viajes contribuyeron con materiales de especial interés, su nombre se recuerda ingratamente por ser partícipes en la arbitraria línea fronteriza, causa posterior de largas y desagradables discusiones entre ambos países.

Los trabajos geográficos del general Agustín Codazzi definen brillantemente otra verdadera etapa en la Historia de la Geografía de Venezuela. Inició su grandiosa labor a la construcción de la carta del país, a comienzos de 1829 y comisionado por el general Justo Briceño y hacia fines de 1838, este incansable y benemérito geógrafo pudo presentar ante el Gobierno del general Páez el resultado de sus trabajos, constante en los mapas de trece provincias y sus ochenta y ocho cantones. En 1840 y con el objeto de hacer grabar su Atlas, embarcó para Europa en compañía de Rafael María Baralt y Ramón Díaz, autores estos últimos de la famosa *Historia de Venezuela*.

Como complemento del Atlas citado, publicó en París su otra obra capital, *Resumen de la Geografía de Venezuela*. Este tratado fue suficiente para hacer inmortal a su autor.

Dedicamos igualmente en el capítulo respectivo, una Biografía y un análisis de su obra.

En 1857 publicó Francisco Michelena y Rojas y como fruto de sus exploraciones por el Alto Orinoco, su *Exploración Oficial*. Fuera de algunos itinerarios y relaciones de los tributarios de aquel río, se empeña en querer criticar de manera injusta y sin conocimientos ni bases científicas que lo acrediten para tales juicios, la obra del sabio universal Alejandro de Humboldt.

Así mismo incluimos los viajes y estudios de los naturalistas Wallace y Spruce en algunos sitios del Río Negro y Casiquiare; Chaffanjon, quien remontó el curso del Orinoco en 1886, y aunque no pudo alcanzar sus fuentes, que eran sus propósitos, pudo explorar más allá del Raudal de los Guaharibos, y sus notas de viaje acompañan datos de interés para la Geografía de aquella comarca y descripción de las naciones indígenas que la habitan.

Al intrépido médico y viajero Jules Crevaux le es deudora la Geografía, la relación del río Guaviare, el que hasta esa fecha, en 1880, no se había explorado. Hemos incluido una narración de esta expedición hasta su término en Ciudad Bolívar.

Después de otros viajes de menor importancia, en que aparecen los nombres de Dixon y Paterson, hallamos una de las más esclarecidas figuras de la intelectualidad venezolana en la persona de otro gran geógrafo: El Dr. Alfredo Jahn.

A su memoria hemos dedicado una síntesis biográfica y un análisis de su magna obra, tanto en lo que respecta a la Geografía y la Historia, tema primordial de nuestro estudio, así como también a una reseña de su extensa obra bibliográfica, desde su iniciación en su carrera histórico-científica en 1884 hasta su muerte, acaecida en menguada hora para la patria en 1940.

Los importantes trabajos geográficos y geológicos realizados entre los años de 1884 a 1885 y desde 1892 a 1893 por el Prof. Wilhelm Sievers especialmente en los Estados Trujillo, Mérida y Táchira, además de gran parte de las regiones centrales del país, han rendido otro notable aporte a la Geografía y Cartografía. En el estudio de la obra de este meritorio sabio que hacemos detalladamente, se podrán apreciar sus notables contribuciones científicas que han enriquecido la Bibliografía venezolanista.

En 1911 recorrió parte de la Sierra Pacaraima el eminente etnólogo Koch-Grünberg. Después de tramontar dicha sierra, penetró en la cuenca superior del Caura para seguir el curso del Ventuari hasta su desembocadura en el Orinoco cerca de San Fernando de Atabapo. Fuera de su bibliografía, que encierra preciados documentos sobre las razas indígenas de aquellas ignotas tierras, preparó un mapa itinerario apoyado en observaciones astronómicas.

Entre los años de 1919 y 1920, el activo y meritorio médico y geógrafo norteamericano Dr. A. Hamilton Rice ejecutó una valiosa exploración entre el Río Negro, Caño Casiquiare y parte del cauce del Alto Orinoco hasta el Raudal de los Guarahibos. Fruto de este viaje fue la confección de una carta en escala 1:750.000 de dichas regiones, la cual se basó en una serie de observaciones astronómicas de precisión.

La Geografía patria saluda como una magna fecha en sus anales, la cultural y progresista resolución gubernativa creando la apertura de los trabajos del "Plano Militar de Venezuela" en el año 1904. Esta oficina continuó hasta 1909 y reorganizada desde esta fecha, continuó bajo el nombre de "Mapa Físico y Político de Venezuela", hasta su extinción en 1914.

Como resultado de dichos trabajos se obtuvieron la fijación por procedimientos astronómicos y geodésicos de más de 150 de las principales ciudades, pueblos y sitios importantes del país, fuera de extensas triangulaciones que abarcaron gran parte del territorio nacional, con cuyos elementos, agregados a los de otros geógrafos anteriores, se preparó un mapa de la República en escala 1 : 1.000.000, además de varias otras cartas en escala 1 : 50.000, los que corresponden a la región central y más poblada del país.

Hemos incluido en nuestro estudio las labores de todas las Comisiones de límites encargadas de fijar nuestros linderos con los tres países vecinos, comenzando con la Comisión mixta venezolana-brasileña de los años de 1879-1880, hasta los actuales trabajos que se llevan a cabo en aquellas fronteras.

Igualmente se han insertado las importantes mensuras practicadas por todas las Compañías petroleras del país en sus respectivas concesiones, datos éstos que han sido de incalculable valor desde el punto de la Geografía patria.

Hemos presentado, además, un resumen con todos los detalles posibles e historiales de los trabajos ejecutados en nuestras aguas por los respectivos personales de las oficinas hidrográficas de los Gobiernos españoles, británicos y americanos. En ellos se incluyen las especificaciones y números de las cartas marinas publicadas por los correspondientes países.

Cerramos la nómina de esta serie de trabajos con los desarrollados por el Departamento de Cartografía Nacional, oficina creada bajo la administración del general J. V. Gómez en 24 de junio de 1935 y cuyos excelentes resultados, basados en los modernos procedimientos aerofotogramétricos, se han evidenciado en una extensa serie de planos y cartas de los más notables sitios del país.

En nuestro citado estudio se acompañan a las relaciones y análisis de las labores de los conquistadores, misioneros, viajeros, geógrafos, etc., además de sus biografías, con el

límite que nos permite la índole del trabajo, facsímiles de los autores, así como también de las cartas y otros datos más que pueden ilustrar la materia, esperando que todo el conjunto de la obra pueda servir de base a aquellos que aspiren a preparar tratados sobre la Geografía General de Venezuela y su Historia.

Señores académicos:

Reitero a ustedes las expresiones de mi más sincero agradecimiento, por el alto honor que me habéis dispensado al acogerme en el seno de esta ilustre Academia Nacional de la Historia.